

notas de filosofía

P. Alfonso López Quintás.

LA VERDAD NO ES ALGO SIMPLE

En el artículo anterior intenté hacer ver, sobre el ejemplo de la libertad, que la más urgente necesidad del hombre actual consiste en aprender a pensar en relieve, viendo de golpe las diferentes dimensiones de una realidad.

A la vuelta de muchas desilusiones, estamos llegando hoy—tal vez hemos llegado ya—a la convicción de que la verdad es una "montaña de siete círculos", una fortaleza de altos muros que sólo los esforzados consiguen expugnar. Un optimismo sin calidad llevó a Europa al borde del agostamiento intelectual por considerar la verdad como un fruto a la vera del camino, algo a mano cuyo logro no exige la movilización de toda la persona humana. Se confundía lo simple con lo pobre, lo primero con lo primario. De ahí el prestigio de lo puramente sensible que hoy debemos apresurarnos a quebrantar. Pues si es innegable, como advertían los antiguos, que el conocimiento humano se apoya en las aportaciones de los sentidos, el hombre parece de asfixia intelectual si no acierta a ver lo sensible como medio expresivo de algo superior, suprasensible. Lo meramente sensible no es el objeto *pleno* de la experiencia humana. Toda obra digna del hombre trasciende necesariamente el ámbito de lo sensorial. En los medios arquitectónicos insiste actualmente con esta idea con singular ahinco el norteamericano Luis Kahn.

En un trabajo reciente propuse como característica fundamental de la nueva época intelectual que se está, sin duda, gestando actualmente la tendencia a pensar sobre la base de ideas muy ricas de contenido y por tanto muy complejas. Al pensador que no se deja absorber por los detalles, antes parte de los conjuntos vistos en bloque, le denominé, con palabra helénica, *sineidético*. De éste hice unas precisiones que juzgo de gran interés para el tema de este trabajo:

El pensador sineidético no iniciará la vida intelectual filosófica por el estudio de los estratos inferiores de ser, seducido por el prestigio de "exactitud" que le ha valido al ser inferior su pobreza ontológica, sino por el plano donde surge y fructifica el espíritu humano: el ámbito de intersubjetividad personal. El hombre que piensa de modo sineidético verá una poesía inefable en los racimos de fórmulas y se enardecerá ante realidades que es imposible describir de modo plástico-sensible. Dejará de sentirse a la zaga de las Ciencias de la Naturaleza, para complacerse en la contemplación de los ámbitos de ser que no son susceptibles de descripción exacta por exceso de riqueza y flexibilidad ontológicas. Sin duda alguna, la nueva época que se está formando se asentará sobre unas cuantas mentes dialécticas, espíritus flexibles y firmísimos, que sepan orientarse y crear un orden cultural en el mundo espléndidamente móvil en que empezamos a vivir. Porque hay que recordar que cuando se sabía muy poco de la Naturaleza se la temía; una vez que se supo algo se la rindió adoración y se la llamó madre; al saber un poco más se la quiso dominar, reduciéndola a un puñado de fórmulas, al que daba reparo atribuirle un ser personal; y ahora que nos hemos puesto a investigarlo todo sin prejuicios tropezamos con el misterio en todas partes. Libre de la tiranía de las abstracciones y sustancialismos mal entendidos, el hombre de la nueva época va a vivir con más intensidad que nunca la presencia inmediata y enérgica del Dios Creador. Porque la lejanía de la Naturaleza, que hoy nos sobrecoge, encierra un sentido muy positivo. Una vez más, el extremar un proceso de crisis nos trae la redención: cuando creíamos insalvable la distancia del hombre a la Naturaleza, el vértigo nos hace descubrir el auténtico modo de salvarla, consistente en pensar cada tipo de ser con las categorías pertinentes. ¿Por qué nos empeñamos

en querer ver con los ojos realidades que trascienden el orden sensible? ¿En qué basamos, por ejemplo, nuestro secular intento de describir la materia con categorías geométricas? ¿No habrá en cada partícula de ser una profundidad hasta ahora insospechada que no se puede medir con escuadra y cinta métrica? Vistas las cosas con profundidad, ¿con qué método podremos captar ese halo de consagración que hace de cada suceso de la vida algo más que un desgaste de energías? Una vez más, pero con otro espíritu, volvemos a la idea de Hegel de que en el todo está la verdad. Pero convenzámonos: esa orla de realidad que acompaña y, acompañando, constituye a cada ser sólo la puede captar en su auténtico sentido de realidad constitutiva el pensamiento sineidético. En este sentido, el fracaso de un pensador tan caracterizado como Husserl podría ser aleccionador, y una llamada de atención a cuantos siguen pretendiendo hacer de la Filosofía una "strenghe Wissenschaft".

Fué una desgracia de consecuencias irreparables que haya cundido en Europa la idea de que la verdad radica en lo simple. Porque, en general, nadie estaba dispuesto a reflexionar en serio sobre la simplicidad específica de la verdad. Así se tomó la parte por el todo, y muy pocos retuvieron la sabia idea de que lo verdadero es tan complejo como rica la realidad. ¡Gran pérdida fué, en verdad, para Occidente no poder armonizar la diversidad y la pureza! Las ramas de la cultura se disgregaron y un aséptico aire de especialismo amenazó agostar todos los ámbitos del saber. Se habló del Arte por el Arte, de la Música Pura, de Poesía Pura... Sin detenerse nadie a pensar si esta pretendida pureza no se opone al carácter integrador de todo acto humano de calidad.

Pero, afortunadamente, como escribí en otro lugar, a la idea de "complejidad" le llegó su hora. (Una complejidad que no es dispersión, sino densidad ontológica y, por tanto, multiplicidad en armonía.) Porque es de saber que también las ideas, de por sí intemporales, tienen su tiempo, de modo análogo a las diversas manifestaciones y estados de los seres vivos. La planta tiene un tiempo determinado para desarrollarse y dar fruto. Su ser se despliega ineludiblemente conforme a un cierto ritmo vital que significa a la vez dominio del tiempo y sumisión al tiempo. En realidad, los seres se distinguen por su distinto modo de darse en el decurso temporal. A medida que el presente va asumiendo el pasado y el futuro para dominarlos desde una perspectiva de soberanía, el ser va ascendiendo en la escala de los entes. Aunque parezca paradójico, las ideas se dan también en el tiempo, pero con un modo superior de dominio que nos lleva a llamarlas supratemporales. Lo cierto es que siendo lógicamente—es decir, de por

sí—posibles en todo tiempo y estando vigentes en todo momento, las ideas requieren un clima adecuado, un tiempo propicio, y tierra buena en que germinar. Lo cual nos revela algo muy importante en la Historia de la Cultura, es, a saber, que las ideas son seres vivos que, sin ser producidos por el medio, dependen de él hasta extremos que humillan nuestro orgullo de intelectuales propensos al desarraigo. Así se explica que ideas eternas sólo hayan surgido en determinados momentos y en determinadas mentes: espíritus excepcionalmente sensibles para advertir esa correlación íntima de idea y medio. Hay ideas geniales que se han quedado en la Historia a solas, sin fuerza germinativa. Otras hay que edificaron mundos nuevos. Para ser fecundas, las ideas deben ser acogidas por espíritus prestos al diálogo, en tensión creadora. Dicha a tiempo, una idea tiene una capacidad ilimitada de fecundación.

UN EJEMPLO DE IDEA COMPLEJA

Cuando Romano Guardini, en la posguerra del 14, abordó la tarea de regenerar una juventud desmoralizada, hastiada de abstracciones y de verdades mutiladas, no hizo sino revelar el secreto de un gran misterio, una realidad extraordinariamente compleja, por comprometer armónicamente planos diversos: la Iglesia. Para ello debió romper previamente el hielo de una mentalidad individualista. Hablando a los Quickborner en el viejo castillo de Rothenfels afirmaba Guardini: "No queremos acogernos expeditivamente a fórmulas hechas, fácilmente manejables, sino penetrar en el espíritu del misterio. Y esto se realiza a través de la verdad. Pero la verdad no es sencilla. Yerra quien dice que lo es. Es sencilla vista desde Dios, pero no desde nosotros. También para nosotros debe llegar a serlo; pero esto sólo se da al final, una vez que el espíritu la ha asimilado con largo esfuerzo. La sencillez que se da al principio no es sencillez de la buena. De ordinario no responde sino a pereza, o a afán de simplificación arbitraria y violenta. Hablamos en nuestra experiencia cotidiana de fenómenos poderosos y fenómenos sencillos. Así, por ejemplo, decimos que un sonido de campana es algo puro, sencillo y al mismo tiempo pleno, y en ello consiste su poder y su paz. Nada más cierto. Pero ¿de veras es el sonido de campana algo sencillo? Los que tienen buen oído nos dicen que las campanas más imponentes son precisamente aquellas cuyo sonido tiene más tonos complementarios. Tal sonido, por consiguiente, no es sencillo; en realidad es más bien un acorde. Un sonido verdaderamente simple sonaría estridente y vacío. Esto remite a algo muy importante, es, a saber, que las cosas del mundo real son siempre—prosiguiendo el símil música—polifónicas. Sólo las cosas artificiales que el hombre produce (...) son 'sencillas'. Las cosas vivientes surgen siempre por la colaboración de

ruezas diversas. Son polifónicas, complejas. Y por eso tienen poder y realidad. En ellas resuena de algún modo el todo" (1).

El Movimiento Litúrgico tendía en principio a desarrollar en los jóvenes el sentido de la expresión, no sólo a darles noticia de ciertas verdades fundamentales del Dogma. Por eso hablaba Guardini insistentemente de "formación litúrgica" (2), aspecto fundamental de un amplio proceso de "formación eclesiológica" (3), que debía insertar a la juventud en una fuente inexhausta de vida y, por tanto, de libertad (4). A esta época se refería Guardini cuando en 1933 escribía: "Todavía no hace mucho tiempo se sentía el hombre como un mundo cerrado en sí. Lo que lo unía a los otros, Estado, familia, comunidad de ideas, fácilmente le parecía algo irreal y aparente, meras instituciones con fines prácticos de seguridad. Sólo el yo, la oclusión en sí mismo era tenido por algo seguro; el tú, la vida, el contacto con otros se le antojaba algo cuestionable, borroso." "Una vez que la mentalidad individualista, a partir de la tardía Edad Media, alcanzó cierto desarrollo, la Iglesia dejó de ser considerada como algo céntrico en toda vida religiosa auténtica. El creyente vivía en la Iglesia y era guiado por ella; pero cada vez fué viviendo menos la vida de la Iglesia. La vida religiosa auténtica se orientó cada vez más decididamente hacia el ámbito de lo personal. De este modo llegó a ser considerada la Iglesia como un valor liminar de este ámbito, o incluso tal vez como algo opuesto al mismo. En todo caso, como algo que limitaba las posibilidades de la vida personal y, por tanto, de la vida auténtica religiosa. Y según la actitud espiritual de cada uno, esta regulación objetiva fué considerada como benéfica, o como inevitable, o como onerosa" (5).

Pero ahora Guardini toma la pluma para comunicar a sus lectores, con aire festivo, una buena nueva: El hombre ha vuelto a recobrar el sentido de la comunidad. Una transformación interior—verdadera metanoeisis del espíritu—lo abrió al fenómeno de la convivencia profundamente humana. La forma de agrupación humana que llamamos comunidad es entendida no como la negación de la libertad individual, sino como su ámbito natural y necesario de despliegue. El espíritu del hombre florece a través de la distensión en ámbitos de intimidad. El hombre gana su libertad al "per-

derse" por amor. La comunidad es una agrupación de seres libres que se vinculan en amor al servicio de grandes ideales." Permítanme que les cuente algo acerca de la última gran reunión de los "Quickborner" en el castillo de Rothenfels. La exigencia de comunidad se sentía allí de modo intenso: que el particular debe sostener con los demás una vida fiel de comunidad, en la que ha de poner todo lo que es y tiene. Que debe, además, entrar en relación de comunidad con los demás estratos y estamentos del pueblo, como miembro del todo, dando y recibiendo. Pero he aquí que en medio de estas consideraciones se alzó de repente (...), como obedeciendo a una consigna, la idea de la personalidad. La comunidad debe ser de tal modo, que siga siendo en ella posible la dignidad y la libertad interna de la personalidad. La personalidad libre es el presupuesto de toda verdadera comunidad... Nunca he experimentado de modo tan directo cómo se sostiene la vida a sí misma cuando no se le hace violencia" (6).

ARMONIA INTERNA DE LOS CONTRASTES

El hombre probado de la posguerra ha aprendido de nuevo a ver que, para orientarse en las grandes cuestiones de la vida, hay que tener la madurez suficiente para advertir la armonía interna de los contrastes, para captar la relación de complementariedad que vincula a realidades aparentemente opuestas. Pues la unidad de las cosas es una unidad tensionada, dramática, conseguida a través del dinamismo de un incesante esfuerzo. El gran descubrimiento del pensamiento actual es una vieja idea arrumbada por una cultura falsa, es, a saber, que la unidad es simple, como lo es la armonía con sus infinitas resonancias internas, empeñadas en lucha eterna por la belleza del orden. Pensemos en la vida, en el equilibrio vibrante y tenso de un organismo viviente, de una obra musical, de una novela con alma.

Así se explica que recientemente, merced sobre todo al esfuerzo de flexibilización metodológica realizado por los pensadores existenciales y personalistas, haya podido Otto Semmelroth abordar con buen éxito uno de los temas más angustiosamente bipolares de la Teología: la condición divino-humana de la Iglesia.

El autor se ha hecho cargo de que la raíz de la unidad auténtica se asienta en lo profundo, lo que trasciende el modo de ser de las realidades que están sometidas a una discursividad espacio-temporal. Por eso aborda con valentía el problema que plantea el carácter social e institucional de la Iglesia. "Esta vida que recibe la comunidad eclesial de la vitalidad de cada uno de sus miembros no es, de por sí, lo suficientemente fuerte para hacer frente al peligro de fosilización y an-

(1) Cfr. "Versuche über Gestaltung der heil. Messe". Intencionalmente vuelvo a citar este texto de Guardini, así como reproduciré más tarde algunas ideas ya expuestas en anteriores artículos, para que se vea la intención subyacente a esta sección de Filosofía que vengo sosteniendo desde hace algo más de un año.

(2) Cfr. "Liturgische Bildung". Mainz, 1923.

(3) Cfr. "Vom Sinn der Kirche".

(4) Cfr. Ob. cit., caps. "Kirche und Persönlichkeit", "Der Weg zum Mensch-Werden", "Der Weg zur Freiheit".

(5) Cfr. "Vom Sinn der Kirche", pág. 19.

(6) Cfr. "Vom Sinn der Kirche", págs. 98-99.

quilosamiento que subyace en toda institución. La vitalidad espontánea y el ritmo acelerado que caracteriza la vida del hombre actual choca frecuentemente con la lentitud propia de una sociedad muy desarrollada, como es hoy día la Iglesia. Contrastes semejantes sólo pueden ser conciliados por la fe en el alma real de la Iglesia. El verdadero principio vital de la Iglesia penetra ambos aspectos, la vitalidad humana y la corporeidad institucional. Ese principio es el Espíritu Santo, a quien el Señor glorificado envía a su Iglesia para convertir la vida humana en una auténtica fuerza vital y transformar la amenaza de muerte en fuente de prontitud renovada. La fe en el misterio divino-humano de la Iglesia debe superar difíciles contrastes, pues su cometido es ver y reconocer a Dios en la Iglesia, a pesar de todas las debilidades humanas que quieren ocultarla."

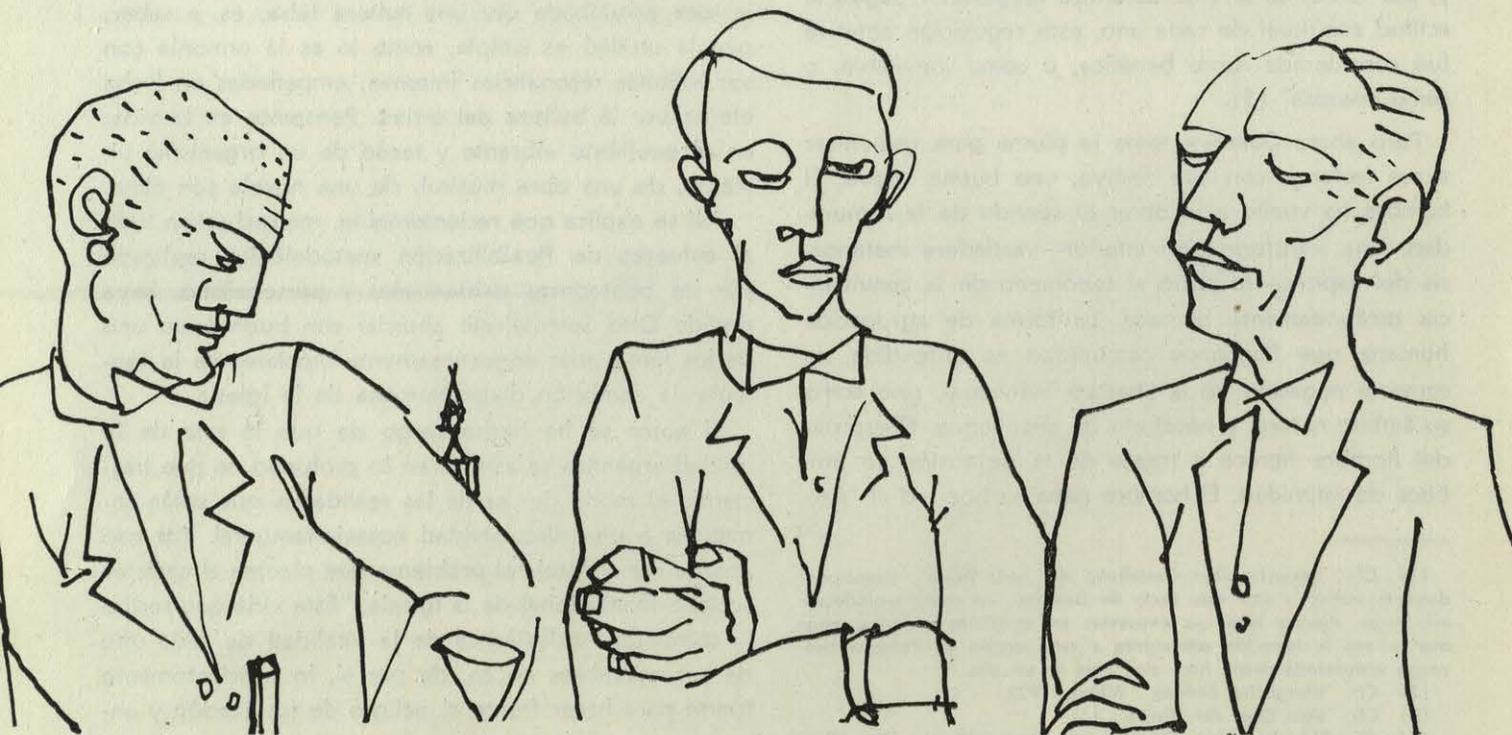
De ese principio vital—nivel de profundidad en que las aparentes contradicciones se convierten en contrastes complementarios—procede el carácter supratemporal y supraespacial de la Iglesia. "Reconoce la Iglesia entre sus notas la santidad, a una con la unidad, la catolicidad y la apostolicidad. Con lo cual alude al principio vital merced a cuyo impulso, como el cuerpo respecto al alma espiritual, permanece una y la misma en la extensividad espacial y la continuidad histórica. Que la Iglesia, en su configuración provisional y en su forma definitiva y auténtica, domina de hecho la Histo-

ria, es lo menos que le podemos conceder de eternidad." "...la Historia cobra unidad cuando se orienta hacia la realidad, que la convierte en Historia de la salvación. Esta realidad es Cristo, en quien Dios se hizo miembro y centro de la Historia. Y Cristo determinó la orientación de la Historia hacia Dios, al intervenir en la Historia a través de la Iglesia. Al encarnarse en Cristo y la Iglesia, Dios insertó la eternidad en la Historia y depositó en la Iglesia el germen de la existencia eterna."

Se trata aquí de una especie singular de universalidad que brota de la alta densidad ontológica de los entes profundos. En estas realidades singulares que desbordan a fuerza de riqueza de significación el aquí y el ahora en que están situadas, funda Urs von Balthasar su Teología de la Historia.

* * *

He ahí cómo, al fin, técnicos, científicos, filósofos y teólogos se dan cita en una tarea trascendental: aprender a pensar con el debido relieve las realidades pluridimensionales. Que esto deberá conferir al pensamiento un sospechoso matiz de *vaguedad* lo confieso con toda la serenidad que me infunde la idea de que no se trata en modo alguno de *imprecisión*, sino de la amplitud y elasticidad que van anejas al contacto con lo profundo. Y ¿quién podrá ver en esto una pérdida?



Dibujo, D. Hernández Gil.